

Buenos días

Quisiera, en primer lugar, felicitar a la L'Association des femmes arabes de la presse et de la communication (AFACOM) et l'Organisation islamique internationale pour l'Education, les Sciences et la Culture (ISESCO) por la organización de este seminario, que me parece particularmente interesante y que, estoy convencida, será muy provechoso.

Y también, cómo no, agradecer la invitación a participar en él, en nombre propio y en el de la Fundación Tres Culturas del Mediterráneo, de la que soy subdirectora. La Fundación Tres Culturas tiene como objetivo principal el conocimiento y el diálogo entre todos los pueblos del Mediterráneo para alcanzar una mejor convivencia y, por consiguiente, pueden entender que para mí resulta especialmente útil y satisfactorio, también en mi condición de mujer, tomar parte de un coloquio que tiene el diálogo euromediterráneo en femenino como tema de debate.

Me han pedido los organizadores que hable sobre un asunto fundamental, más bien sobre dos: ***L'image de la femme dans les religions, répudier les clichés***. Es decir, por un lado, qué estereotipos tienen las religiones sobre la mujer; por otro, qué podemos y debemos hacer para superarlos.

En realidad, y como cuestión de carácter general, me gustaría señalar que **la primera fractura en este Mediterráneo que queremos diverso, pero con objetivos comunes de progreso compartido, es justamente la manera estereotipada con la que nos miramos los unos a los otros.**

Es decir, la pretensión que muchas veces se tiene en esta orilla norte del Mediterráneo de reducir a los de enfrente al exclusivo elemento religioso, en este caso el Islam, como, desde la otra orilla, de reducir Occidente al materialismo, nutriendo así el discurso de determinados fundamentalismos.

A ese estereotipo, que tiene profundas raíces pero que, como todos los clichés, resulta tan falso como simplificador, se añade el de la visión profundamente negativa que algunos se empeñan en propagar sobre la propia religión islámica y sobre los musulmanes en general, visión que está basada también en ideas preconcebidas que no son más, de nuevo, que estereotipos.

Y sobre esos dos grandes clichés se construye asimismo la imagen de la mujer, en la religión y en la sociedad, basada, nuevamente en prejuicios y en planteamientos estereotipados. Es decir, clichés sobre clichés sobre más clichés.

Ésa es la realidad sobre la que se construye una gran parte del pensamiento político, social, económico, cultural y también, cómo no, religioso. Y mientras no seamos capaces de superar esa realidad para basar nuestro pensamiento y nuestra acción en conceptos reales, adaptados al tiempo que vivimos y alejarnos de esa construcción sustentada en imágenes falsas (estereotipadas), será difícil que consigamos un entendimiento y una convivencia como la que necesitamos para construir un mundo, o al menos, un Mediterráneo mejor.

No es tarea fácil, por supuesto.

Decía Einstein que *"es más fácil desintegrar un átomo que un prejuicio"*. Pero más allá de esas enormes dificultades, es un imperativo ético de toda la sociedad (varones y mujeres) plantearse estos cambios como un requisito para la paz y para el progreso.

Según el diccionario, un estereotipo (un cliché) consiste en una imagen estructurada y aceptada por la mayoría de las personas como representativa de un determinado colectivo. Y, según los estudiosos de la materia, los estereotipos de género, esto es, el conjunto de creencias existentes sobre las características que se consideran apropiadas para hombres y para mujeres, sitúan a éstas en la esfera privada y al cuidado del hogar y de la descendencia, mientras el varón ocupa la esfera pública.

Porque lo cierto es que uno de los estereotipos que a lo largo de la historia se ha mantenido con más fuerza y fiabilidad es el del sexo. En múltiples trabajos, algunos ya clásicos y otros más cercanos se encuentran descripciones de los grupos de hombres y de mujeres que engloban características similares en contextos tan diversos como Europa, África, América del Norte y del Sur, Asia, y Australia. Estas descripciones retratan a las mujeres como sensibles, cálidas, dependientes y orientadas a la gente, en tanto que a los hombres se les ve dominantes, independientes, orientados hacia el trabajo y agresivos. Ya sé que esta enumeración puede inducir a la risa pero, por más que nos riamos, forma parte de la realidad, de nuestra realidad.

Les subrayaré algo que creo que es importante: hablamos de ideas preconcebidas pero extendidas de forma muy generalizada, tanto desde el punto de vista geográfico como desde el punto de vista social. E influye, claro está, en la imagen de la mujer en las religiones, porque las religiones, todas, no son ajenas a las sociedades y a los contextos históricos en los que se desenvuelven.

Dice el teólogo español Juan José Tamayo que *"las religiones nunca se han llevado bien con las mujeres. Siempre han sido las grandes perdedoras"*. No sé si esto es exactamente así, pero de lo que no hay dudas es de que, en términos generales, se ha realizado una lectura masculina de los textos sagrados en muchos casos muy alejada, cuando no contraria a las orientaciones igualitarias de los fundadores, como es el caso de Jesucristo o del Profeta Muhammad.

Una lectura que se ha traducido en que las mujeres casi nunca son reconocidas como sujetos religiosos. En no pocas religiones la divinidad suele ser masculina y tiende a ser representada sólo por varones. Así, los varones se sienten legitimados divinamente para imponer su voluntad a las mujeres y el patriarcado religioso legitima el patriarcado en la sociedad.

Precisamente porque sólo los varones pueden representar a Dios, sólo los varones pueden acceder al ámbito de lo sagrado, al mundo divino, entrar en el sancta sanctorum; subir al altar, ofrecer el sacrificio, dirigir la oración comunitaria en la mezquita, presidir el servicio religioso en las sinagogas (con algunas excepciones). Así que en la mayoría de las confesiones religiosas no hay sacerdotes mujeres, no digamos Obispos o Papas, ni imanes, ni rabinos mujeres.

Algunos textos de los llamados Padres de la Iglesia –por referirnos a los ámbitos cristianos– son tremendos: consideran a las mujeres “la puerta de Satanás” y la “causa de todos los males”. Un teólogo tan influyente en el cristianismo como Agustín de Hipona llega a afirmar que la inferioridad de la mujer pertenece al orden natural. Otro teólogo tan decisivo en la teología cristiana como Tomás de Aquino define a la mujer como “varón imperfecto”. Lutero habla de las mujeres como inferiores de mente y cuerpo por haber caído en la tentación y afirma que las mujeres han sido creadas sin otro propósito que el de servir a los hombres y ser sus ayudantes. Esto son hechos históricos atestiguados.

En realidad, estas frases, que hoy, en este contexto histórico en que vivimos, serían juzgadas no sólo como inaceptables, sino como delictivas, lo que quieren decir, en mi opinión, es que es muy difícil que la interpretación que hacen las personas, sean cuales sean, de los textos sagrados, pueda eludir la realidad de una discriminación hacia la mujer aún hoy presente aunque con formas más suavizadas **cuyo origen no está, ni puede estar, en la religión.**

Y sobre este tema me gustaría hacer una reflexión a propósito de la suma de estereotipos a los que antes hacía referencia, especialmente hacia el Islam.

Si vemos que hay un problema de carácter general en la situación de las mujeres en todo el mundo, ¿cómo es que no se le achaca en parte alguna a la religión, salvo cuando algunos se refieren a los países mayoritariamente musulmanes?

Cuando en Occidente se habla de la supuesta discriminación de las mujeres musulmanas, se obvian los verdaderos orígenes de esta situación, y se da por sentado que su religión es el origen de sus males, en vez de buscar las causas en las políticas concretas correspondientes de cada país y en la herencia sociocultural de sus sociedades.

Pensar que los problemas a los que se enfrentan las mujeres en las sociedades musulmanas son fenómenos derivados del Islam y de su identidad religiosa impide, en realidad, tener una comprensión de las desigualdades estructurales y de los esfuerzos de aquellas mujeres que luchan por una igualdad en todos los terrenos.

El discurso sobre la mujer musulmana está plagado de tópicos que, al convertirse en usuales, parecen prácticamente irrefutables. Son repetidos hasta la saciedad y ejemplificados con patéticos relatos que inciden siempre en lo mismo.

Es así que los estereotipos sobre la situación de las mujeres musulmanas son posiblemente el instrumento más eficaz para demonizar sus sociedades y muy particularmente su religión. Pero a quienes elaboran este discurso victimizante y excluyente no les interesa para nada la situación de la mujer musulmana, sino el cumplimiento de sus estereotipos, de sus ideas preconcebidas.

El rechazo a “lo musulmán” se vehicula, pues, en gran medida a través de la mujer, considerada como víctima, no de un determinado modelo de sociedad, sino de su religión, y representada como el arquetipo de la mujer oprimida, lo cual la condena a una representación estereotipada, es decir, falsa.

Un importante pilar en el que se sustenta esta aversión ante los musulmanes es que no se les considera como **productores de cultura**, lo que es en definitiva toda sociedad humana, sino **productos de su cultura**, juzgada como anclada en el tiempo e inamovible, en la que las mujeres serían vehículo de estos valores obsoletos. Y ese binomio cultura/religión se aplica implacablemente a la comunidad musulmana y principalmente, por mi experiencia, a la magrebí.

Creo que la conclusión obvia es que hay que pelear por acabar con esos estereotipos tan dañinos para nuestra convivencia. ¿Cómo hacerlo?

Yo diría que, desde el lado llamémosle occidental, haciendo un gran esfuerzo por abandonar ese discurso etnocéntrico, esa arrogancia cultural que está llena de muchas ignorancias y sobre todo de demasiados miedos. Ignorancia y miedo al otro, al distinto, al diferente.

Desde el otro lado, buscando soluciones a los problemas reales, avanzando en soluciones que no tienen que basarse en la imitación de ningún modelo, sino hacerlo desde sus propios valores, sus propios principios y también sus creencias. Y hay experiencias muy positivas en esa dirección.

Creo que uno de los agentes de cambio más importantes del mundo es el que constituyen las mujeres en acción, también en el seno mismo de las confesiones religiosas. En el cristianismo, pero también en el Islam, surge cada día con más fuerza una nueva manera de vivir y de pensar la fe religiosa desde la propia subjetividad de las mujeres. Y ésa, pienso, es y será una fuerza imparable.

Y, en todo caso, lo que es decisivo, para unos y para otros, es el diálogo intercultural, un diálogo sincero, constructivo que se convierta en la base de una nueva y más positiva manera de gestionar la diversidad que hoy caracteriza a nuestras sociedades y que es un fenómeno irreversible. En ese diálogo es fundamental que se escuche la voz de las mujeres para que se conozca y se valore su propia realidad y su propia conciencia, sin imágenes falsas y sin estereotipos.

Instituciones como la Fundación Tres Culturas y otras similares son instrumentos imprescindibles para ese diálogo y para darles voz a los que ahora apenas se escuchan.

Gracias.